



Pío XII y la Segunda Guerra Mundial



La Iglesia ante la memoria histórica

Por ALEXIS PESTANO FERNÁNDEZ

Entre las principales características de la contemporaneidad puede identificarse el rechazo a todo aquello que se proponga como referente normativo y exija validez más allá del consenso.

La crisis de los paradigmas se encuentra en el centro de la postmodernidad. Una de las manifestaciones más claras de este fenómeno lo constituye el intento de redefinición de la identidad occidental y el rechazo radical a los elementos que la conforman y le dieron origen. El cristianismo, y la institución de mayor importancia en la historia de Occidente que lo encarna, la Iglesia Católica, se hallan sin dudas en el centro del esfuerzo deconstruccionista.

En este intento, una de las principales estrategias ha sido la utilización del pasado como instrumento de condenación y deslegitimación de la Iglesia. Para esto se buscan afanosamente leyendas oscuras y olvidadas de la acción eclesial en sus dos milenios de existencia, y cuando la historia no aporta elementos condenatorios suficientes, se recurre a la tergiversación o la presentación de medias verdades, totalmente descontextualizadas. En este sentido, en los últimos años se ha vertebrado una poderosa campaña contra la participación de la Iglesia en los sucesos de la II Guerra Mundial y sus relaciones con el gobierno nazi, perpetrador de una de las masacres más terribles de la historia de la humanidad. En especial, ha sido blanco de las críticas quien tuvo la responsabilidad de guiar a la Iglesia en esos años, el papa Pío XII, a quien se le ha acusado de mantener silencio cómplice ante las atrocidades nazis y de apoyo incluso a los propósitos alemanes.

Los hechos históricos, sin embargo, no prueban tales afirmaciones. El objetivo de las siguientes líneas será contribuir a demostrar esas inexactitudes.

1. Inicios de una mentira.

Ante todo, resulta necesario abordar el origen de esta campaña difamatoria. El ataque contra Pío XII empezaría en 1963 a raíz de una obra teatral creada para la escena por Rolf Hochhuth, hasta ese momento un oscuro dramaturgo alemán nacido en 1931. A lo largo de su considerable extensión, en *El Vicario*, nombre de la pieza en cuestión, Hochhuth pretendía demostrar mediante una supuesta documentación que Pío XII había mantenido una postura fría, cínica y despreocupada durante el Holocausto. Más interesado en los intereses vaticanos que en las vidas humanas, el Papa era mostrado como un frívolo personaje con inclinaciones nazis.

A pesar de las evidentes falsedades, los prejuicios y la poca historicidad de *El Vicario*, esta obra sentaría las bases para el ataque contra Pío XII a cinco años de su muerte. La acusación hecha por Hochhuth del "silencio" del Papa servía perfectamente a la campaña para destruir la imagen de Pío XII que determinados intereses habían iniciado tras el fin de la II Guerra Mundial. La obra se benefició entonces de una importancia mucho mayor que la que realmente merecía, y fue ampliamente utilizada por sectores de la izquierda para desacreditar un papado que había mostrado su rechazo a la ideología comunista. La imagen de Pío XII como un pontífice solícito y preocupado que intentó usar todos los medios posibles para salvar a los judíos europeos frente a las intrigas nazis, fue sustituida entonces por otra

que mostraba a un calculador político dispuesto a sacrificar vidas con tal de detener la expansión del comunismo. *El Vicario* era sólo la punta de lanza de una interpretación ideológica de la historia que ayudaría a crear el mito de un Pío XII silencioso e inerte ante la masacre nazi.

Por otra parte, la obra de Hochhuth encontraba un momento propicio para su impacto en el interior de la comunidad judía. El mundo hebreo había virtualmente revivido el Holocausto en el juicio de Adolf Eichmann. Figura clave en la *Solución Final* fascista, Eichmann había sido capturado en Argentina en 1960, juzgado en Israel en 1961 y ejecutado en 1962. Para muchos jóvenes judíos, el juicio de Eichmann era la primera confesión abierta del horror que había sido implementado por los nazis. Al mismo tiempo, Israel se encontraba amenazado por los estados árabes, y poco tiempo después estallaría la guerra. *El Vicario* causó, por tanto, una fuerte repercusión en un Israel rodeado de enemigos y que se encontraba luchando por su supervivencia definitiva.



Así quedaban establecidos los elementos para la tergiversación histórica sobre la participación de Pío XII durante la II Guerra Mundial, la cual se estructuraría a partir de varios presupuestos, todos carentes de validación documental.

2. La mejor manera de decir es hacer.

En primer lugar, sobresale entre tales presupuestos el pretendido silencio del Papa. Según sus defensores, Pío XII se mantuvo en una actitud temerosa con respecto a las acciones alemanas, con el objetivo de preservar la seguridad vaticana. En la práctica esto implicaría una complicidad con el poder nazi.

En realidad, Pío XII no calló ante el Holocausto, ni antes de ser electo Papa, en 1939, ni en los años de la guerra.

Junto a esto, mientras se encontraba sirviendo en Alemania en los años 20, Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, estaba profundamente preocupado por el naciente Partido Nazi en ese país. Ya en 1925, Pacelli había expresado sus temores acerca de la amenaza nazi, cuando informó a Roma que Hitler era un hombre violento y que “pasaría sobre cadáveres” con tal de lograr sus objetivos. En 1928, con la ayuda de Pacelli, el Santo Oficio emitía una fuerte condena contra la esencia antisemita del nazismo: “La Santa Sede está obligada a proteger al pueblo judío de las injustas vejaciones y... condena particularmente el odio desmedido hacia el pueblo una vez escogido por Dios; odio que comúnmente recibe el nombre de antisemitismo.”

Como Secretario de Estado de la Santa Sede en la década siguiente, Pacelli presentó cerca de 60 protestas en relación al trato de los nazis con los judíos. Escribió, además, en 1937, la mayor parte de la encíclica *Mit Brennender Sorge* del papa Pío XI que significaba una clara denuncia del nazismo. La encíclica, escrita en alemán, fue publicada y distribuida por toda Alemania a pesar del peligro mortal que esto significaba. En 1938, en la Catedral de Notre Dame de París, Pacelli se había manifestado en contra del “culto pagano a la raza” de los nazis, así como de las “acciones viles y criminales” y de la “violencia inicua” del liderazgo alemán.

En 1939, inmediatamente después de la muerte de Pío XI, el gobierno alemán le propuso sutilmente al Colegio Cardenalicio que no eligieran a Pacelli, ya que este era conocido como un enemigo del nazismo. En la propia primera encíclica de su papado, emitida el 20 de octubre de 1939 (*Summi Pontificatum*), Pío XII alertaba sobre los dictadores de Europa—“una hueste *in crescendo* de los enemigos de Cristo”—y recordaba la visión del mundo de San Pablo, para el cual no había ya gentiles ni judíos. La Gestapo consideró esta Encíclica como un ataque directo, mientras que los franceses arrojaron copias de la misma por aire sobre Alemania. *The New York Times* resumió la encíclica como un incondicional ataque al racismo y a los dictadores.

Durante la guerra, el mismo rotativo calificó a Pío XII como “el único gobernante en todo el continente europeo que aun se atreve a alzar su voz...el Papa ha asumido una postura vertical en contra del hitlerismo...no ha dejado duda de que los fines nazis son irreconciliables con su propia concepción de la paz cristiana.” En los extensos mensajes de Navidad de 1941 y 1942, el papa Pío XII condenó el odio racial de las acciones alemanas. En la correspondencia sostenida con líderes del mundo -aun aquellos de países satélites de los nazis- Pío XII les expresó el horror de la persecución de los judíos. Igualmente les recordó a los católicos de Europa su deber de proteger a las víctimas del nazismo, les rogó a los países aliados que aceptaran a los refugiados judíos y a través de sus nuncios trató de detener las deportaciones forzosas de los judíos a los campos de concentración.

Por otra parte, carece igualmente de fundamento la objeción a la actitud del Papa en el sentido de que la Santa Sede no emitió declaraciones condenatorias contra el Reich alemán.

Primeramente debe ser recordado que Pío XII y su predecesor, Pío XI, a quien había servido como Secretario de Estado, dejaron totalmente claro que la cooperación con el discurso racial nazi y la persecución a los judíos no podían ser permitidas. No se puede sugerir que los católicos no percibieron con claridad que lo anterior era la enseñanza papal en aquel momento. Sin embargo, muchos católicos, ya por consentimiento ideológico o por puro temor, escogieron seguir los fines nacionalistas de su país antes que escuchar el ruego de la Santa Sede.

Por otra parte, mientras que proclamaciones formales de excomunión e interdictos pudieran promover lecturas controversiales en la actualidad, ¿qué se podría haber logrado con ellas entonces? Difícilmente puede plantearse que habrían causado que Hitler y sus sicarios convirtieran su corazón y repensaran la “cuestión judía” o sus objetivos de guerra. Aun más insensato sería imaginar

que hubieran provocado una suerte de "levantamiento católico" en la Alemania nazi. Los católicos que cooperaban entonces con la dictadura ya habían escogido ignorar las declaraciones papales.

Una vez comenzada la guerra, e iniciada igualmente con rigor la Solución Final, el objetivo primordial de Pío XII fue salvar vidas. Esto se lograría mejor, creía él, mediante la labor efectiva de los nuncios papales en la escena, a través de declaraciones públicas que cuestionaran las creencias nazis, de calmadas negociaciones sobre inmigración y de secretas tácticas para esconder a los refugiados judíos, bautizándolos cuando fuera necesario, y emitiendo para ellos falsos documentos. Después de todo, aquella era una Europa ocupada donde el Vaticano sólo abarcaba unos pocos kilómetros cuadrados dentro de un estado del Eje. Preservar la neutralidad del Vaticano, y la capacidad de la Iglesia de continuar funcionando donde fuera posible en la Europa ocupada y en los estados aliados a los nazis, era con mucho una mejor estrategia para salvar vidas que emitir sanciones eclesiásticas a un régimen que se hubiera reído de ellas.

Cuando 60 mil soldados alemanes y la Gestapo ocuparon Roma, miles de judíos se escondieron en iglesias, conventos, rectorías, en el Vaticano y en la residencia veraniega del Papa.

Proclamar tales condenas no hubiera significado nada para la terminación de la Solución Final y, sin embargo, sí hubiera limitado severamente la capacidad de la Iglesia para salvar vidas judías.

Quizás el principal argumento a favor de la dedicación de Pío XII por la suerte de los hebreos perseguidos y masacrados por el gobierno alemán durante la II Guerra Mundial esté en el propio testimonio de numerosos judíos, que han reconocido públicamente la gran obra del Pontífice en tal sentido.

La imagen de Pío XII como un pontífice solícito y preocupado que intentó usar todos los medios posibles para salvar a los judíos europeos frente a las intrigas nazis, fue sustituida entonces por otra que mostraba a un calculador político dispuesto a sacrificar vidas con tal de detener la expansión del comunismo

Tal como expresó en la Asamblea General de las Naciones Unidas a raíz de la muerte del Papa en 1958, Golda Meir, futura Primer Ministro israelí y a la sazón representante de Israel ante el organismo internacional, "durante los 10 años de terror nazi, cuando nuestro pueblo pasó por los horrores del martirio, el Papa alzó su voz para condenar a los perseguidores y consolar a las víctimas." Entre las organizaciones judías de la época que reconocieron al Papa en el momento de su muerte por haber salvado vidas judías durante el horror del Holocausto nazi, estuvieron el Congreso Mundial Judío, la Liga Anti-Difamación, el Concilio de Sinagogas de EE.UU., el Concilio Rabínico Norteamericano, el Congreso Judío Norteamericano, la Junta de Rabinos de Nueva York, el Congreso Judío-Norteamericano, la Conferencia Central de Rabinos de EE.UU., el Comité Judío-Norteamericano, la Conferencia Central de Cristianos y Judíos y el Concilio Nacional de Mujeres Judías. Es difícil pensar que todas estas organizaciones simplemente hacían política o que insultaban la memoria de los millones de asesinados para obtener un efímero beneficio político.

Pinchas Lipade, cónsul israelí en Italia después de la guerra, ha estimado que la estrategia de Pío XII frente a los nazis logró salvar más de 800 mil vidas judías durante la II Guerra Mundial. Si en realidad esta cifra fuese sólo la mitad, aun así sería la mayor cantidad de vidas judías salvadas por cualquier otra entidad de la época. Difícilmente se podría negar la efectividad de la estrategia del Papa.

Más recientemente, en 2001, el rabino de Nueva York, David Dalin, propuso que el papa Pío XII fuera proclamado "Justo entre las Naciones", el máximo reconocimiento que ofrece el Estado de Israel a las personas que se han destacado por ayudar a judíos perseguidos. El rabino Dalin en su propuesta ofreció un gran número de hechos, documentos, declaraciones y libros en los cuales, según su opinión, se demostraba que Pío XII fue una de las personalidades más críticas del nazismo. De los 44 discursos que Pacelli pronunció en Alemania, entre 1917 y 1929, 40 denuncian los peligros de la ideología nazi emergente. En marzo de 1935, escribió una carta abierta al obispo de Colonia en la que denominaba a los nazis "falsos profetas con la soberbia de Lucifer". El mismo año denunció en un discurso en Lourdes las ideologías «poseídas por la superstición de la raza y de la sangre».

Sobre la obra de asistencia a los judíos, el rabino Dalin recordaba que en los meses en los que Roma fue ocupada por los nazis, Pío XII instruyó al clero para que salvara a los judíos por todos los medios. En este sentido, el cardenal Pietro Boetto, de Génova, por sí solo, salvó al menos a 800. El obispo de Asís a 300. Cuando al cardenal Pietro Palazzini le fue entregada la medalla de los Justos entre las Naciones por haber salvado a los judíos en el Seminario Romano, este afirmó que el mérito en realidad le correspondía enteramente a Pío XII, quien ordenó hacer todo lo que estuviera al alcance de la Iglesia para salvar a los judíos de la persecución.

3. Otras acusaciones

Si la historia no ofrece fundamento para demostrar el silencio del papa Pío XII ante los horrores del nazismo durante la II Guerra Mundial, ciertamente aun menos evidencias existen para argumentar la pretendida complicidad o colaboración del Vaticano con los propósitos del gobierno alemán. La firma de un acuerdo o concordato con el Estado germánico, hecho que ha alimentado la anterior aseveración, respondía en realidad a fines muy diferentes.

A pesar de las voces de protesta alzadas por la Iglesia Católica en Alemania, con las cuales las ideas racistas del nacionalsocialismo eran reiteradamente condenadas como contrarias a los principios católicos, y que los católicos fueron instruidos para que no apoyaran al Partido, en 1933 Hitler se convirtió en el Canciller alemán. La llegada al poder de los nazis perturbó en gran medida al Papa y en agosto de 1933 le expresó al representante británico ante la Santa Sede su pesar por la persecución de

los judíos, los métodos usados en contra de los opositores políticos y el reino de terror al cual el fascismo había sometido a toda la nación. En una ocasión alguien le dijo que ya Alemania contaba con un firme liderazgo para enfrentarse a los comunistas y el arzobispo Pacelli respondió que los nazis eran infinitamente peores.

Al mismo tiempo, sin embargo, el Vaticano se veía obligado a enfrentar la realidad de la llegada de Hitler al poder. En junio de 1933 este había firmado un acuerdo de paz con las potencias occidentales, que incluía a Francia y Gran Bretaña, llamado el Pacto de las Cuatro Potencias. Igualmente, Hitler expresó su disposición de negociar un concordato con Roma válido para todo el Estado. Este concordato se concluiría un mes más tarde. Esto permitió ubicar a la Iglesia Católica en pie de igualdad con las iglesias protestantes.

Esta situación es generalmente olvidada en el análisis sobre el tema. La Iglesia no tenía otra opción que firmar tal concordato. De otra manera se hubiera expuesto a las restricciones draconianas las vidas de los fieles en Alemania. Pacelli, por su parte, negó que el concordato significara el reconocimiento del régimen por parte de la Iglesia. Los concordatos se firmaban con Estados, no con gobiernos específicos. El Papa Pío XI explicaría que se firmaba el concordato sólo para prevenir la persecución que tendría lugar inmediatamente si no hubiera mediado tal acuerdo. El concordato además daría a la Santa Sede la posibilidad de protestar oficialmente por las acciones nazis en los años anteriores a la guerra y después del comienzo de las hostilidades. Este acuerdo proporcionó además una base legal para argumentar que los judíos bautizados en Alemania eran cristianos y por lo tanto debían ser exonerados de las inhabilitaciones legales. Aunque el Concordato fue violado prácticamente desde el momento de su firma, aun así sirvió para salvar vidas judías.

El Vaticano comenzó a protestar formalmente por las acciones nazis casi a partir de la firma del concordato. Las primeras protestas formales de la Iglesia Católica bajo el concordato estaban relacionadas con un llamamiento del gobierno alemán a boicotear los comercios judíos. Numerosas protestas siguieron sobre el tratamiento dado a los judíos y la persecución directa a la Iglesia en la Alemania nazi. El ministro de exteriores alemán reportó entonces que su buró se encontraba atestado de protestas desde Roma, las que rara vez pasaban al liderazgo nazi.

Otra de las acusaciones que ciertos sectores académicos achacan a Pío XII, se vincula a un supuesto apoyo dado por el Papa a Hitler como instrumento para combatir la amenaza comunista. Aunque es posible que existieran católicos que sostenían esta posición en los años anteriores a la guerra, no existe evidencia de que esta fuera alguna vez una política del papa Pío XII. En realidad todas sus acciones son contrarias a esto.



Pío XII era impopular para ciertas escuelas historiográficas posteriores a la II Guerra Mundial por la política antiestalinista y anticomunista de los últimos tiempos de su pontificado. En particular en Italia, a finales de los años 50 y durante los 60, la acusación principal contra Pío XII era que durante la guerra había odiado más al bolchevismo que a Hitler. En la mayoría de los casos, esto se basaba solamente en la oposición del Papa a la exigencia de los aliados de una rendición incondicional de Alemania. Creía que tal condición sólo continuaría los horrores de la guerra y aumentaría la matanza. Esta posición sería posteriormente interpretada como un deseo del Pontífice de mantener una Alemania fuerte como un bastión contra el comunismo. Esta teoría era totalmente falsa. No hay ninguna evidencia documental que sugiriera tal estrategia papal. Sin embargo, pasó a ser muy popular, en especial en los historiadores que simpatizaban con el marxismo en los años 60. No obstante, aun esta teoría no llegaba a acusar al Papa de colaborar con el Holocausto, ni acusaba a la Iglesia de hacer otra cosa que no fuera salvar cientos de miles de vidas judías.

En septiembre de 1942, los Aliados solicitaron a Pío XII que respaldara una declaración de condena a las atrocidades nazis. Esta proclama sería una declaración oficial de los gobiernos aliados y, en cuanto tal, era imposible para Pío XII unirse al esfuerzo. Sin embargo, en su mensaje de Navidad de 1942, Pío XII habló con fuerza una vez más. El Papa fustigó a los regímenes totalitarios y lamentó las víctimas de la guerra, al tiempo que le pidió a los católicos que dieran refugio a los desplazados. Estos pronunciamientos fueron abiertamente aplaudidos por los aliados. En cambio en Alemania, fueron vistos como el repudio de Pío XII al “nuevo orden” impuesto por los nazis.

Por razones obvias el papa Pío XII no se unió a las declaraciones oficiales de los gobiernos aliados que condenaron a los países del Eje. Firmar declaraciones de propaganda de los Aliados impediría mantener la neutralidad vaticana en la guerra, algo absolutamente necesario para que la Santa Sede pudiera tener alguna capacidad de salvar vidas y de protestar por las acciones nazis. La Iglesia, bajo la guía del Papa, salvó más vidas de judíos que todas las otras iglesias, instituciones religiosas y de rescate juntas. Esta era, sin dudas, una acción mucho más importante y eficaz que la estéril firma de declaraciones políticas.

La historia, por su parte, sí conoce de amplias evidencias que demuestran el interés de Pío XII en la suerte de los judíos perseguidos y de las víctimas de la guerra en general.

Los dos volúmenes publicados recientemente por el Archivo Secreto Vaticano con el título *Inter Arma Caritas* han permitido descubrir cómo estaba organizada la red de asistencia a las víctimas de la segunda guerra mundial creada por la Santa Sede. Francesca di Giovanni y Giuseppina Roselli, historiadoras y oficiales del Archivo Secreto Vaticano, explican en la introducción de esta obra editorial la historia de la Oficina de Informaciones Vaticana (1939-1947), organismo creado por el papa Pío XII para responder a las numerosas peticiones de personas que no sabían nada de sus seres queridos.

Con la ayuda de este documento, y de la reciente publicación de sus registros en los dos volúmenes, es posible reconstruir la historia de esta red asistencial. La sede de la Oficina se encontraba en un primer momento dentro de la Secretaría de Estado, en la Sección de Asuntos Ordinarios, en el Patio de San Dámaso. Era dirigida por el obispo ruso monseñor Alexander Evreinoff, asistido por un secretario, el sacerdote Emilio Rossi. Al inicio contaba con dos empleados y las peticiones de noticias sobre personas desaparecidas no superaban las sesenta al día. Los principales interlocutores, en contacto continuo con la Oficina, eran los representantes pontificios en los diferentes países -nuncios, delegados apostólicos, vicarios- que en sus sedes habían organizado oficinas de información, siguiendo el modelo a la creada en el Vaticano. Estas oficinas recibían los módulos enviados por la Santa Sede y enviaban diariamente, a través de un mensajero, las respuestas y peticiones en formularios impresos con el escudo de la representación pontificia. Además, durante las periódicas visitas pastorales a campos de concentración, hospitales, etc., los mismos representantes del Papa, además de responder a las necesidades espirituales y de ofrecer consuelo, distribuían entre los prisioneros correo y ayudas -libros, medicinas, alimentos, vestidos, tabaco, instrumentos musicales, entre otras-.

La actividad de la Oficina de Informaciones Vaticana experimentaría un cambio importante con el avance alemán en los Países Bajos, Bélgica y Francia, a partir de la primavera de 1940, y con la entrada de Italia en la guerra, el 10 de junio. El número de peticiones de información se elevó a centenares al día, de modo que la oficina tuvo que aumentar el personal, que pasó de dos a dieciséis personas. Dadas las dificultades para comunicarse con las poblaciones de los países ocupados, surgió la idea de utilizar la colaboración de Radio Vaticano. Los llamamientos radiofónicos para pedir u ofrecer informaciones o respuestas de refugiados o personas desaparecidas comenzaron el 20 de junio de 1940. En 1944, Radio Vaticano llegó a transmitir 63 programas semanales dedicados exclusivamente a ofrecer este tipo de informaciones, lanzando 27 mil mensajes al mes.

La radio pontificia transmitía, en días y horarios establecidos, listas con los nombres de los prisioneros -civiles o militares- y de los desaparecidos o refugiados, con noticias y mensajes captados por las nunciaturas, las delegaciones pontificias, y las curias diocesanas, que trataban después de transmitir a las familias.

A inicios de 1941, al extenderse la guerra, aumentaron las peticiones dirigidas a la Oficina de Informaciones Vaticana (unas dos mil al día). Los empleados aumentaron hasta 100, y se veían obligados a cambiar de lugar las oficinas. El 1^o de abril de 1941 la Oficina se transfirió al Palacio de San Carlos dentro del territorio vaticano. La nueva sede se dividió en dos partes. Una se destinó al trabajo interno y la otra a la acogida de centenares de personas que acudían a estos locales para pedir informaciones de sus seres queridos y rellenar los formularios. Eran, sin embargo, mucho más numerosas las peticiones que llegaban por correo. Por cada carta, se rellenaba una ficha a la que se le daba un número de protocolo. La oficina acogía estas peticiones sin distinción de raza, religión, nacionalidad, o estado social. Los registros creados por las diferentes secciones de la Oficina de Informaciones, divididos por miles, se depositaban al final del día en cajas de madera. Este fichero de la Oficina se actualizaba cotidianamente.



Para poder realizar este inmenso trabajo se pidió ayuda a voluntarios de la Acción Católica y a numerosas religiosas presentes en Roma que pertenecían a decenas de congregaciones religiosas. Transmitidas estas peticiones a las diferentes representaciones pontificias en el mundo, los formularios respondidos eran recogidos por la sección de respuestas, encargada de la actualización de cada una de las fichas y de la transmisión de las noticias a las familias.

Cada semana el sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Giovanni Battista Montini -futuro Pablo VI- convocaba a una reunión en la que participaban el obispo Evreinoff, el padre Rossi, monseñor Angelo Baragel en representación de Radio Vaticano, junto a otros Obispos y monseñores de la Curia romana. Los verbales de estas reuniones eran después presentados al papa Pío XII para su aprobación.

La sección alemana de la Oficina tenía entre sus funciones atender a los ciudadanos judíos residentes en territorios ocupados por Alemania. La correspondencia dirigida a alemanes y eslavos de religión judía era con frecuencia bloqueada o rechazada por la censura alemana.

De los judíos de Eslovaquia a Croacia se ocupaba la Obra de San Rafael, dirigida por el padre Anton Weber en la iglesia de los Padres Pallottinos en Roma.

En la segunda mitad de 1942, para promover la divulgación de estas noticias, la Oficina de Informaciones creó la revista mensual *Ecclesia*, cuyo creador y director fue monseñor Montini. Se convirtió en el órgano informativo impreso de la Oficina vaticana de septiembre de 1942 hasta diciembre de 1945.

En 1943, la Oficina alcanzó el momento de su máxima actividad, con decenas de miles de peticiones cotidianas. En ese período, llegaron a trabajar 600 personas. La Oficina de Informaciones Vaticana cerró sus actividades el 31 de octubre de 1947.

4. Conclusiones

Los testimonios y los hechos históricos son claros en demostrar la falsedad de las acusaciones divulgadas contra Pío XII y la actitud de la Iglesia en general ante los sucesos de la II Guerra Mundial. Sin embargo, esta realidad no implica en modo alguno la futilidad de los acercamientos a este tema. Será siempre necesaria una reflexión profunda sobre uno de los más trágicos sucesos de la historia de la humanidad. Desde la Iglesia, se impone ante todo una actitud de humildad ante el pasado, ante los pecados, y el distanciamiento del mensaje de Jesucristo en que han incurrido los cristianos en su peregrinar por la Historia.

Sólo así podrá ser posible la verdadera purificación de la memoria como pedía el papa Juan Pablo II al inicio del tercer milenio de la era cristiana. Sólo así podrán fortalecerse las relaciones entre cristianos y judíos soñados por el mismo Romano Pontífice cuando al presentar el documento *Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah* -elaborado por la Iglesia para sanar las heridas de la relación entre cristianos y judíos a lo largo de los siglos- pedía que la "(...) memoria pueda ejercer su papel necesario en el proceso de construcción de un futuro en el cual la indecible iniquidad de la *Shoah* no pueda volverse a repetir.

Que el Señor de la historia guíe los esfuerzos de los católicos y los hebreos y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad para que trabajen juntos por un mundo de auténtico respeto por la vida y la dignidad de todo ser humano, ya que todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios."

Referencias

La Iglesia, El Papa Pío XII, Los judíos y los Nazis. Disponible en: <http://www.corazones.org.html>

Nosotros Recordamos, documento de la Santa Sede sobre la Iglesia y el Holocausto. Disponible en: http://www.corazones.org/doc/nosotros_recordamos.htm.

Rabino propone a Pío XII como "justo entre las naciones. Disponible en:

http://www.corazones.org/apologetica/nazi_iglesia/holocausto_rabino_pio12.htm.